

BIENVENIDOS AL HOGAR

PERSONAJES

LA SEÑORA MARISOL

LUIS

LAURITA

MONO

POETA

RANA

LUCIO

MUDO

NEGRA

ENFERMERA – MADRE

MISTER LARRY

Primer Premio del Fondo Nacional del Teatro de 2004

La obra es una parábola expresionista que no descarta el absurdo y el humor chirriante. Los internados constituyen un coro, que puede ampliarse según criterio del director, en el que sobresalen, por sus características, los mencionados en el reparto. Si bien esos papeles deberían ser interpretados por adolescentes, sería lógica una ruptura del realismo tradicional, integrando el elenco con algunos actores de más edad.

(Paredes muy altas en forma de embudo, abriéndose hacia la boca del escenario, con ventanas alambradas y pequeñas. Dentro, en proscenio, gradas blancas que se enfrentan en forma de “u”. En el medio, un círculo habitado por la luz. A foro, camas destartaladas que se amontonan formando una hilera que llega hasta el final del embudo, donde se ilumina, a veces, un pequeño cementerio atiborrado de cruces rosadas y celestes. Los actores, se ubicarán en las camas, en el círculo central, en las gradas, según lo requiera la acción.

La luz cae sobre el círculo central un momento antes de que Laurita sea arrojada dentro. El enfermero, Luis, está a su lado, jadeando todavía. Marisol, una señora cincuentona, con lentes de armazón antiguo, se acerca con un bibliorato negro).

MARISOL – ¿Qué está pasando, Luis?

LUIS – Se quiso escapar.

MARISOL – Si todavía no entró.

LUIS – Pasó la puerta central y le dio una pataleta y se dio vuelta.

MARISOL – ¿Cómo es su nombre, señorita?

(Laurita responde con un quejido, arrollada en el suelo).

MARISOL – ¿Qué dijo?

LUIS – ¡Vaya uno a saber!

MARISOL – Tienen una dicción... Cada vez hablan peor.

LUIS – Agradezca que no le gritó una palabrota.

MARISOL – *(Abre el bibliorato, lee).* Laurita Arévalo..., ¿o Arrévalo?..., ¿o Arrívalo?

LUIS – No quiere hablar. ¿No le digo que quería irse?

(Laurita responde con otro quejido y se incorpora).

MARISOL – *(Dulce).* No tiene cara de chica mala... y su apellido..., según suena, Are... o Arri... Bueno, su apellido no da para sospechar.

LUIS – ¡Qué piernas! Podría emplearse en...

MARISOL – *(Cortándolo).* No tiene por qué hacer esos comentarios, señor Rey.

LUIS – ¡Por qué no!, ¡si ella es una princesa! *(Se ríe de su propio chiste).*

MARISOL – Acá en la ficha dice que sus padres viven.

LUIS – ¡Si se hicieron humo!

MARISOL – ¿Cuándo?

LUIS – No hace mucho.

MARISOL – Sea más preciso. Hay épocas y épocas.

LUIS – ¿Ahora le importa eso?

MARISOL – Hay gente que desaparece porque sí. Ya habrá oído los cuentos: van a comprar cigarrillos y no vuelven.

LAURITA – *(Poniéndose de pie como puede y arreglándose la ropa)*. Mamá está viva... en el hospital.

MARISOL – *(Sonriéndole)*. ¡Qué bien! Así me gusta, que me des la información que falta.

LUIS – Debe ser inventada, porque el informe dice que murieron. El viejo se ahorcó en la cárcel y la vieja desapareció después de ejercer el triste oficio.

MARISOL – Señor Rey, usted leyó un informe equivocado. Ese era el de la señorita Flor, que en paz descanse.

LUIS – La señorita Flor nunca tuvo padres. Nació de una semilla y volvió a la tierra.

MARISOL – Estoy hablando en serio, señor Rey. *(Le guiña un ojo)*. A esta niña hay que darle confianza.

LUIS – Mire, yo estuve hablando con la visitadora social y me dijo que ésta anda en la calle desde la muerte del viejo.

MARISOL – *(Cierra el bibliorato. Dulce)*. ¿Qué importa la ficha? La niña está aquí, dispuesta a recibir, a descubrir que esta Institución ha logrado convertirse en una familia sustituta capaz de dar más amor que una familia verdadera.

(Las gradas se han comenzado a poblar de jóvenes que observan interesados y sonrientes a Laurita).

LUIS – *(Por ellos)*. ¿Vio? Sienten un perfume distinto y ya vienen. Huelen y se acercan, como los perros.

MARISOL – ¿Qué les parece esta nueva compañerita? Por favor, no griten. Van a asustarla. *(Dirigiéndose a Laurita)*. Querida, decías que tu mamá está viva, pero muy enferma..., ¿verdad?

(Laurita asiente y se lleva la mano a la cabeza, mareada).

MARISOL – ¿Te pasa algo?

LAURITA – Me golpearon mucho...

MARISOL – Señor Rey, esto parece una discoteca. ¿No le tengo dicho que frene a sus muchachos?

LUIS – ¿Quería que la dejara ir? Usted misma ordenó que después de la primera puerta nadie podía volver atrás.

MARISOL – ¡Por Dios! Hay épocas y épocas, insisto. Hay que ser más flexible; hay que humanizar el trabajo y las acciones que, inevitablemente, derivan de su cumplimiento. Vení

acá, nena, acercate. Vamos a peinar esa cabeza. (*Ella se acerca. Marisol la observa*). Bien..., maravilloso. El peine fino no es necesario. Te haremos unas trencitas o ataremos el pelo atrás. Las caras deben estar despejadas. Tenemos que ver si ríen o lloran. Nos preocupan los sentimientos, descubrir el interior. Nos impulsa la pasión por descubrir qué se esconde en sus corazones.

LAURITA – Un tipo me manoseó. Me metió la mano debajo de la pollera.

MARISOL – No te quejes. Les hacen cosas peores a los varones. Es lamentable, lo admito, pero ¿quién puede sanear totalmente una Institución?, ¿quién puede tener un funcionariado irreprochable?

LAURITA – Quiero volver al hospital.

MARISOL – ¿A ver morir a tu mamá? Querida, queremos ahorrarte ese dolor. Además, una menor, sin familia, no puede andar vagando por ahí.

LAURITA – Yo no soy una menor.

MARISOL – No tenés documentos...

LAURITA – Pero no soy una menor...

MARISOL – (*Sonríe*). Ellos dicen lo mismo... Mienten, claro; nadie los entiende. Aquí tienen techo y comida gratis y quieren salir..., ¿a qué?

LAURITA – Yo puedo conseguir un empleo.

MARISOL – ¿Ah..., sí?

LUIS – Quiere seguir el camino de la madre... y tiene condiciones. Desabróchele la blusa y levántele un poco la pollera, señora Marisol.

MARISOL – Bueno, los empleos escasean, así que... (*Se acerca y le levanta la pollera; después intenta con la blusa, pero Laurita la aparta*). ¡Qué arisca!

LAURITA – ¿Qué se piensan? ¡Yo soy virgen!

(*Los jóvenes ríen*).

MARISOL – (*Ahoga una risita*). ¿Qué hace una virgen aquí?

LUIS – ¡Qué *bocatto di cardinale*!

MARISOL – Quedate quieta. No te puedo peinar, virgencita.

LAURITA – Me tira del pelo...

MARISOL – Siempre hay que llorar, ¿viste? Por un tirón de pelo, por tu mamá que se muere...

LAURITA – (*Gime, ahoga un sollozo*). ¡Déjeme ir!

MARISOL – En la vida hay que sufrir mucho. Afuera vas a sufrir más que acá. Los sufrimientos de acá son bendiciones. Ya va a ser la hora del chocolate; por ahora no hay leche, pero más adelante...

LUIS – Hay épocas y épocas. En mi época, el Toddy.

MARISOL – Chocolate y galletitas, como debe ser. Y a los más flaquitos les damos avena, con agua, claro, pero achocalatada, para que no noten la diferencia. Si hay algo que me mata son las diferencias. Acá todos tienen que ser iguales.

(Suena una melodía de cajita de música. Entra la Enfermera con un carrito atestado de jarritos. Los jóvenes de las gradas se amontonan y luego forman disciplinadamente filas. Van tomando cada uno un jarro y volviendo a sus lugares en las gradas. La Señora Marisol va hacia el carrito y toma un jarro que acerca a la boca de Laurita).

LAURITA – ¡No! *(Escupe)*.

MARISOL – ¡Maleducada!

(La Enfermera corre con un trapo y seca el pecho de La Señora Marisol y después el piso).

MARISOL – Aquí todos toman chocolate, ¡aquí todos son iguales!

LUIS – Es un aprendizaje. A todos les costó al principio, ¿se acuerda? Yo de chico odiaba la sopa, pero nunca odié el chocolate.

MARISOL – Desde que llegué aquí mi prédica fue la igualdad. Usted está de testigo. Y ahora esta mocosa se planta ante todos y hace una escena. Y grita sus diferencias.

LUIS – Las diferencias son una cosa y las jerarquías otra. Hay que respetar las jerarquías. En una Institución siempre hay un orden jerárquico.

MARISOL – ¡Bien dicho!

LUIS – *(A todos)*. La señora Marisol dejó su vida luchando por el chocolate y por esta Institución. Ablandó el corazón de los directivos y consiguió una donación *in aeternum* de chocolate en polvo sin intercambiar siquiera un ídem. Esta gran mujer forjó esta Institución modelo sin copiar ningún modelo, impulsada solo por su imaginación y su moral sin límites. Pido para ella un aplauso.

(Todos los jóvenes aplauden. La Señora Marisol hace una leve reverencia. Laurita tiembla de angustia o de rabia).

MARISOL – ¿Qué puedo decir? No tengo más que palabras de agradecimiento. Es un reconocimiento inmerecido. El señor Rey se excede en su elogio. Simplemente debo decir que mi vida está aquí y que aquí realizaré mis sueños, mis fantasías. La lucha por la igualdad ante todo. Esta niña gritó su diferencia. “Soy virgen”, dijo. Y sonó insultante para todos. Para sus compañeras y sus compañeros. Para los que la han perdido en circunstancias penosas o felices. Para las que, como yo, luchamos en una noche terrible y fuimos vencidas por una bestia sudorosa e implacable. Queridos míos, ¡aquí está Laurita! Terminemos con las diferencias. ¡Laurita es vuestra! *(Levanta la mano en señal de ataque)*.

(Los jóvenes rodean a Laurita y la arrastran hacia las gradas. La Señora Marisol y Luis contemplan inmóviles la escena. Laurita ha desaparecido detrás de las gradas mientras le arrancan la ropa. Ahora asoman sus piernas y parte de su cuerpo desnudo, mientras unos la sostienen y otros la penetran. Se escuchan sus quejidos, ahogados por gritos eufóricos de los que participan y de los que sólo observan. Marisol y Luis intercambian una mirada satisfecha, mientras ella se apoya en el brazo de él. OSCURIDAD).

(Nueva luz sobre los chicos. El Mudo está aspirando cemento dentro de una bolsa de plástico).

POETA – Todos necesitamos nuestro abismo, ¿verdad?

LUCIO – Yo no.

POETA – ¿Por qué estás acá?

LUCIO – (*Irónico*). Porque quiero darme la gran vida.

POETA – El abismo es el lugar que elegimos para sufrir secretamente.

LUCIO – Laurita sufrió una humillación pública.

RANA – ¡Callate, puto!

LUCIO – No está en discusión mi sexualidad.

RANA – Yo me saqué las ganas. Me la cogí.

POETA – Yo no hubiera querido..., pero...

RANA – Si me arrancaste de un tirón y casi acabo afuera.

POETA – A veces, la bragueta mata la poesía.

LUCIO – Decímelo a mí, Poeta.

RANA – Che, ¿no pensás que con la nueva se te complicó el negocio? Por la competencia, digo.

LUCIO – Vos no hablés. ¿A quién encontraron adentro del ropero?

RANA – ¿Qué ropero?

LUCIO – (*A los otros, mientras se pasea nerviosamente*). ¿Saben la historia? Aquí va para los nuevos. El Rana salió del charco y buscó su abismo. La señora Marisol paseaba por el corredor con su culito parado y escuchó un ruido que parecía venir de uno de los roperos. Una rata, pensó. Abrió la puerta y, ¡zás!, el Rana y el Poeta escribiendo juntos aquella poesía al ritmo del cha cha cha. (*Mueve el vientre espasmódicamente*).

MUDO – ¡Cogerrr y matarrrr!

RANA – El Mudo se puso nervioso. Pará con tus inventos.

POETA – Era la Negra la que estaba adentro del ropero.

RANA – (*A Lucio*). Dale, loca, no rompas con lo mismo. Casi me como una semana en el Infierno.

LUCIO – Pero te quedaste acá, en el Purgatorio, haciéndole alguna changuita a la vieja.

RANA – ¿Y qué hay con eso? Le lavé y le lustré el auto..., ¿y qué?

LUCIO – ¿Ningún otro servicio?

RANA – Ninguno, baboso.

LUCIO – ¡Qué más da! Hacé méritos vos. La recompensa es coger encerrado en un ropero.

POETA – (*Irónico*). El abismo es una lengua negra que a veces nos envuelve.

LUCIO – Otras lenguas dicen que adentro del ropero estaba la propia Marisol con el Mudo... ¡Secreto bien guardado! Ella y el Mudo haciendo cha cha cha. (*Se sacude muy sensual*).

MUDO – ¡Matarrrr! (*Se abalanza sobre Lucio y los otros lo apartan*).

POETA – ¡Dejalo!

RANA – Se pone loca, ¡dejalo!

LUCIO – (*Ahogado*). Sos un burro, Mudo. Naciste para apretar cogotes...

RANA – ¡Y vos para apretar vergas!

POETA – Basta, córtenla. ¿Por qué nos enfrentamos, hermanos?

LUCIO – (*Jadeante aún*). Es lo que yo digo. ¿Por qué?

RANA – (*A Lucio*). Porque das manija, bocón.

LUCIO – ¡Yo qué sé! Estoy aburrido.

POETA – ¿Querés terminar como el Mono?

LUCIO – Estoy hartito.

POETA – ¿De chocolate y mentiras?, ¿de discursitos y premios como la pobre Laurita?

LUCIO – Sí, de eso y de todo lo otro. Yo quiero mandarme mudar. Sueño con salir de acá.

POETA – ¿Y afuera qué hay?

LUCIO – ¿Ya te olvidaste?

POETA – (*Rápido*). Lo importante es no pensar en nada.

LUCIO – Por eso dicen que tu poesía es vacía.

POETA – Hay que flotar en la Nada.

LUCIO – Mi barquito se hundió hace tiempo.

POETA – La Nada es fascinante.

RANA – La Nada es nada.

POETA – La Nada es sexy.

RANA – Mirá vos.

POETA – La Nada es cósmica.

LUCIO – (*Imitando la sirena de un barco*). ¡Tu! ¡Tuuuu!... ¡El barco da paso al cohete!

RANA – A mí me gustaría dar una vuelta por ahí.

POETA – Hum... Saldría a tomar un café.

(*La Negra se asoma desde una grada, con enorme vientre de embarazada*).

NEGRA – ¿De qué hablan? ¡No quiero quedarme sola!

RANA – Ya está metiendo lío. ¿Quién va a dejarte?

LUCIO – ¿Para cuándo mi sobrinito?

RANA – ¿Tu qué?

LUCIO – Si es nene le ponemos Lucito y si es nena Lucía, en honor a la madrina.

MUDO – ¡Yo padrrrino!

NEGRA – Lucio sirve como padrino y madrina, así que sobrás.

MUDO – ¡Rrrrrr...! (*Protesta, mientras se aleja golpeando sillas y haciendo ruidos extraños, como los del motor de una máquina*).

POETA – Ojo: el que da la bendición, da los vicios.

RANA – La quedamos, Negra.

NEGRA – Si tiene los dos sexos, mejor, así puede defenderse en la vida.

LUCIO – ¡Arriba, Negra!

POETA – La Negra es posmoderna.

NEGRA – No sé qué soy. Soy la que engañé a la vieja, y eso ya es algo.

POETA – Vas a ser una buena madre.

RANA – Y con este padre, tiene el futuro asegurado.

NEGRA – Vos no me dejes sola.

RANA – ¿Qué pasa? ¿Tenés miedo?

NEGRA – Sí. Mientras estemos acá no me dejes sola. Hablen y sueñen, ¡qué me importa!, pero no se distraigan. Acá hay que tener los ojos bien abiertos.

(Entra el enfermero con Laurita enchalecada. La deja en una silla).

LUIS – Si le hablan un poquito o le hacen chistes va a sentirse mejor. Necesita relajarse. Le di una inyección, pero nada, las ampollas deben estar vencidas. Ahora los remedios se pudren rápido. Antes duraban una eternidad, ahora les ponen fecha de vencimiento y se pudren antes. Estamos de malas. La sangre que guardamos en la heladera también se pudrió, así que ninguno va a tener el resultado de los análisis. Mejor, más vale no saber.

(Sale. Un silencio. Todos miran a Laurita).

NEGRA – *(Mientras se acerca a ella).* ¿Estás mejor? La primera vez duele, pero pasa, nena.

(El Mudo también se acerca y le acaricia las piernas. Laurita está temblando. Lloro en silencio. El Rana lo empuja, apartándolo. Hay una breve pelea entre ellos. Ahora se calman).

LUCIO – No llores. Son enfermos, pero no van a volver a tocarte. Después que te desvirgan, la vieja te reserva para las “altas jerarquías”. Si tenés suerte, el Director te lleva para su casa como doméstica.

LAURITA – *(Balbucea).* Tengo frío..., el agua estaba fría.

NEGRA – ¿Te bañaron? ¿No me digas que te pusieron champú y colonia?

LAURITA – Las mangueras... El agua me tiró al piso y me golpeé.

NEGRA – Pero vos no estás loca, ¿no? A vos no te trajeron por problemas de azotea.

LAURITA – No, yo no estoy loca.

LUCIO – ¿Estás segura?

LAURITA – Te digo que no.

LUCIO – Mirá que acá están todos un poco...

LAURITA – Yo andaba pidiendo, nada más. Pedía como todos.

RANA – El hambre te vuelve loco, che.

LAURITA – Me acerqué a un auto y me encontré con la Marisol. Me dio veinte pesos y me dijo que subiera, que quería saber por qué una nena estaba haciendo eso a esa hora y que... quería ayudarme... y que... Y yo le conté un poco, no todo. No le dije todo, pero ella insistía... ¿Tu mamá trabaja? ¿Tu papá, qué hace? ¿Vas a la escuela? Yo le dije: “Mire, señora, que soy grande. Ya tengo trece años, no terminé el Liceo pero en cualquier momento vuelvo. Mi

familia se vino abajo, no sé bien qué pasó, pero un día no teníamos ni para comer, así que yo tuve que salir a pedir. Apenas mi mamá se mejore yo vuelvo al Liceo, pero ahora no puedo”. Ella me dijo: “Perdoná, pero tengo que llevarte. Tengo que denunciar esto”. “Mire, que yo no asalté el supermercado”, le dije, “y mi papá tampoco, porque está muerto”. “No importa, tengo que llevarte”. Yo me quise bajar del auto, pero el chofer me agarró del pelo y ella saltó sobre mí como una rata. Le arañé la cara y gritó, pero no me soltó, y el tipo la ayudó a sostenerme, y después me dio una trompada y me desmayé. Lo último que vi fue la cara de la señora..., de la vieja ésta, la Marisol.

NEGRA – Sí, anda por la calle cazando pibes.

RANA – Después que entrás ya no salís.

LUCIO – ¿Pensás que no valemos nada?

POETA – Fuera de acá, nada; acá, mucho. La vieja tiene que justificar sus gastos.

LUCIO – Acá todos somos menores; sin documentos, claro.

POETA – A mayor población, más gastos. Esta Institución devora billetes mientras nos devora.

LAURITA – ¿Y si consigo que mamá venga y hable? Ella puede sacarme. Una madre tiene derechos que nadie puede ignorar. A mí en el Liceo me enseñaron que nadie le puede quitar su hijo a una buena madre y mi mamá no tiene culpa de haberse enfermado. A mí, que me devuelvan a la calle. Prefiero el frío y meter pata noche y día, lavando coches o pidiendo, nomás...; y si me tienen confianza y me dejan entrar a una casa, yo puedo lavar pisos o ropa. Yo sé hacer todo eso, menos cocinar: a mí se me quema todo. Mi mamá decía que si me ponía a cocinar llamaba a los bomberos.

NEGRA – ¡Schsss...! Si te escuchan te van a hacer lavar estos pisos.

LAURITA – ¡Yo quiero irme!

NEGRA – Gritá nomás, va a ser peor.

LAURITA – (*Angustiada*). ¿Qué es esto, una cárcel?

NEGRA – ¡Acertaste!

RANA – ¿Pensás que te mentimos? ¡Ni el puto éste se pudo ir, y te aseguro que hizo méritos!

LUCIO – Contale la verdad, dale. Iban a rajarse todos conmigo, pero falló. El Luis se queda de guardia algunas noches, pero se mama... y se vuelve impotente. Yo me había conseguido una peluca rubia, larga hasta la cintura, pero el tipo no estaba en condiciones de negociar, así que no pude canjear un servicio por otro y todos nos jodimos.

POETA – (*Irónico*). Qué solidario. Costó pero lo concientizamos.

LUCIO – El problema es que mamado no puede y sin mamarse no agarra viaje.

LAURITA – (*Con creciente excitación*). ¿Nadie puede abrir una puerta? ¿Una tiene que morirse ahogada acá? ¿Nadie puede ayudarme? ¡Yo no soy de acá!, ¡yo no pedí que me trajeran!, ¡yo no necesito calor, ni chocolate, ni nada! ¡Por favor, quiero irme, quiero salir, quiero que me desaten, quiero correr, irme bien lejos, correr! (*De pronto, la ahoga un sollozo*). Me parece que mentí, me parece que me olvidé de cosas..., que mi mamá no puede venir, que se murió en algún lado, que... (*Con bronca y llanto, grita*). ¡La puta que los parió! ¡Yo no soy de ellos! ¡No quiero que me cojan!, ¡no quiero enfermarme!, ¡no quiero morirme como mi mamá! ¡Vengan a desatarme! ¡Vengan a desatarme, hijos de puta!

(*Entran Luis y Marisol. Luis aprieta un algodón con éter contra la boca de Laurita. Ella forcejea un poco y luego se desmaya.*)

MARISOL – ¿Ve, señor Rey? Siempre hay métodos posibles. Le dije una y mil veces que las ampollas del botiquín más grande estaban vencidas. No todo lo que se guarda sirve. En mi casa no se tiraba ni la ropa apolillada. En una Institución modelo se aprovecha todo. Además, hay cosas que ocupan un espacio indispensable para una posible inspección y justificación de gastos.

LUIS – Tiene razón, señora Marisol.

MARISOL – ¡Un poco de sentido común, señor mío!

LUIS – Que no siempre es el más común de los sentidos, como usted dice.

MARISOL – ¡Eso! Veo que hace un esfuerzo por recordar lo importante. Aunque le diré que su falta de memoria, en fin, su deterioro, me preocupa bastante. Ya no recuerda el contenido de las fichas.

LUIS – ¡Es que son todas iguales!

MARISOL – ¿Iguales?

LUIS – Estos niños tienen padres vagabundos o criminales.

MARISOL – Los matices son importantes, señor Rey. En la vida, usted sabe, los...

LUIS – La mayoría de esos padres están muertos...

MARISOL – Me acaba de decir que están vivos, que son...

LUIS – Muertos en vida... y muertos. En fin, bien muertos.

MARISOL – Me confunde. Una cosa es que estén muertos para nosotros, como Institución; pero en los papeles... No sé si soy lo suficientemente explícita. Ellos están vivos; no todos, algunos; pero para nosotros, todos están muertos, porque como Institución somos padres y madres, somos el lazo sanguíneo supletorio y definitivo; así que...

(Han salido, arrastrando con ellos a Laurita como si fuera un mueble. Un silencio. El Mudo golpea una silla con insistencia. Suena un timbre y aparece la Enfermera. Toca un pito y arroja una pelota. Todos, incluso la Negra con su barriga, se lanzan tras ella con desesperada necesidad de jugar. La Enfermera oficia como árbitro. El partido de fútbol va creciendo en violencia; también los gritos, los empujones, los insultos. Cuando la violencia llega al clímax se escucha un alarido. La Negra se toma el vientre y cae al suelo, retorciéndose de dolor. Todos quedan inmóviles por un momento. Lucio se acerca y se arrodilla junto a la Negra).

LUCIO – ¡Ya viene el ahijadito!

NEGRA – ¡No me dejen sola! ¡No me dejen sola, por favor!

ENFERMERA – ¡Señora Marisol! ¡Señora Marisol!

RANA – ¡Empujá, Negra! ¡Empujá, que sale!

ENFERMERA – Alguien tiene que traer una camilla.

(La Enfermera toca pito una y otra vez mientras las luces decrecen hasta la oscuridad).

(La Señora Marisol está dormitando en una silla. Se ha quitado los anteojos).

LUIS – ¿No escuchó?

MARISOL – ¿Qué?

LUIS – La Negra dio a luz...

MARISOL – ¿Qué dice?

LUIS – La Negra tuvo un varoncito.

MARISOL – (*Se pone los anteojos*). No hay paz en este lugar.

LUIS – ¿Quién pide permiso para nacer?

MARISOL – Llévese el éter. Ya no lo necesito.

LUIS – A mí me gusta encurdarme con vino.

MARISOL – ¿Qué dice? Yo simplemente huelo un algodón y vuelo..., descanso y vuelo, cierro los ojos y sueño. El éter es el perfume que me impulsa fuera de este mundo, en un viaje por paisajes distintos, con niños sonrientes y árboles llenos de frutos... y playas... y sol... y mar. Usted no sabe lo que es soñar.

LUIS – Usted gritó. Gritó dos veces.

MARISOL – Porque, a veces, en medio de la armonía del paisaje, una sombra horrible da un zarpazo con su guadaña y siento algo en mi cuello, un tajo..., y la sangre salta y corre como un río, corre... y es mi sangre, es mi cabeza la que cae al suelo, es mi... ¿Un varoncito?

LUIS – Aquí no hay cunas. ¿Dónde lo ponemos?

MARISOL – Aquí no hay leche.

LUIS – Se prendió de la teta, como un animalito.

MARISOL – ¿Vivirá?

LUIS – Sí.

MARISOL – ¿Está seguro? No conviene que se sepa que aquí nació un niño. Sería un escándalo. Dirían que fomentamos el amor libre entre nuestros internados. Las instituciones católicas nos retirarían el apoyo y el Estado intervendría para... ¡Dios! Hay que esconder a ese niño.

LUIS – Podríamos decir que le dimos refugio estando embarazada.

MARISOL – ¿Y la ficha? ¿Y la fecha de su ingreso? ¿Y los datos de su examen médico a la fecha de su ingreso?

LUIS – Usted sabe bien que el doctor Norton está tan viejo que no revisa a nadie.

MARISOL – El doctor Norton es una eminencia. El doctor Norton es para todos un profesional responsable y exigente, así que poco importa cómo es en realidad. La opinión de los demás es la que sostiene a esta Institución.

LUIS – ¡Qué pena!, llora con tantas ganas... No me gustaría que corriera la suerte de los otros.

MARISOL – Eso es lo malo. Ablandan el corazón y una se aparta de las reglas.

LUIS – Si viene una inspección, yo me ocuparé de esconderlo.

MARISOL – Lo dejo en sus manos, pero esto no tiene que salir de aquí. No quiero imaginar lo que haría un periodista con la noticia. Son menores, niños..., y la procreación entre niños es un desvío, una aberración que no podemos permitir.

LUIS – Algunos ya dejaron de ser niños.

MARISOL – Púberes, mentirosos sin documentos, nada más.

LUIS – No se me ponga tan rígida, doña Mari.

MARISOL – No me diga doña.

LUIS – ¿Nos tomamos un vinito? Odio el éter.

MARISOL – Traiga la ficha de la Negra.

LUIS – Vamos, olvídense del trabajo. Aflójese un poco.

MARISOL – De flojos está lleno este país.

LUIS – Necesita más éter, seguro.

MARISOL – ¿Me escuchó? Quiero la ficha de la Negra.

LUIS – ¿Por qué no nos tuteamos ahora que estamos solos?

MARISOL – ¿De qué habla?

LUIS – Se olvidó de aquella noche, cuando usted y yo, sobre la camilla, en la enfermería...

MARISOL – Cállese. No es momento.

LUIS – ¿No tenés ganas ahora? (*Se acerca, la manosea*). Dejame desprenderte la blusa.

MARISOL – Bueno..., pero tres botones, nada más.

LUIS – Por algo se empieza.

MARISOL – A mí me hubiera gustado tener un varoncito.

LUIS – (*Mientras la abraza*). ¿Mío?

MARISOL – De alguien...

LUIS – ¿Viste como no tengo tan mala memoria? Me acuerdo de algunas cosas.

MARISOL – Una vez me tiraron las cartas, ¿sabés? “Adentro tuyo nunca va a crecer nada”, me dijo una rubia con cara de sapo mientras me miraba y se reía. Y todavía le tuve que pagar.

LUIS – ¿Lo hacemos aquí o en la enfermería?

MARISOL – (*Lo aparta*). ¡Basta! Estás muy pegajoso, Luis.

LUIS – Pero no estoy deteriorado, como decís, de la cintura para abajo.

MARISOL – Arriba es lo que importa. Arriba se libran todas las batallas.

LUIS – Y abajo se ganan.

MARISOL – ¡Compostura!: El bibliorato y las fichas.

LUIS – Está sentada encima de todo eso.

MARISOL – Ah, ¿sí? (*Se pone de pie*). El éter me produce... Léame la ficha de la Negra.

LUIS – No quiero. Es muy avara conmigo.

MARISOL – Mi pobre señor Rey, lamento comunicarle que no es el Rey del teleteatro.

LUIS – Y yo lamento recordarle que no fui contratado como lector de fichas.

MARISOL – Vamos, no se haga rogar.

LUIS – Léalas usted. Se las dejo. Elija una al azar y verá que es la que busca. Todas dicen lo mismo, ya lo sabe, ya lo hablamos; no quiera engañarse. (*Sale apresurado*).

MARISOL – Idiota. (*Busca entre las fichas*). Idiota... A cada uno le hicimos una entrevista personal; a cada uno le hicimos un informe detallado, exhaustivo..., detallando el color de la piel, los ojos, las particularidades genéticas y psicológicas..., dejando constancia de las

enfermedades, de los antecedentes familiares, de los orígenes... En todo eso está la clave, idiota; el conjunto nos hace mejores o peores, nos condena, nos cierra toda salida, nos convierte en bichos, en animales irrecuperables, en cerdos. Nos ponen en el mundo, ¿para qué? (*Con la ficha en la mano*). María Ortiz, alias la Negra, nacida en Camino Cardal, sin número, la cual manifiesta ser menor edad y no poseer documento de identidad. Declara asimismo ser hija natural de Nelson Píriz Castro y de Rosa Ortiz, quienes vivieron en concubinato hasta la muerte del primero acaecida en el tiroteo producido durante el allanamiento de la vivienda de la familia Avellanal, donde el primero de los nombrados se introdujo con intenciones de robo. Los informes policiales corroboran los datos y agregan que la Sra. Rosa Ortiz, madre de la menor, huyó después de los hechos relatados sin tener hasta ahora noticias de su paradero. (*Furiosa*). Nos ponen en el mundo, ¿para qué?: ¿para ser responsables?, ¿para ser justos?, ¿para tomar decisiones acertadas? ¿Por qué mierda esa basura me engañó? ¿Por qué mierda le permití salirse con la suya? ¿Por qué puso ese niño en el mundo? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por qué esa yegua negra parió ese varoncito?

(Va hacia foro y trae la silla de ruedas en la que yace Laurita, aún enchalecada y desvanecida).

MARISOL – Nadie parece entender. En el origen está todo, en el nacimiento. Nos marcan como al ganado. ¿Quién puede hacer algo después? Una Institución contiene y alimenta, nada más. Una quisiera hacer algo, pero no siempre puede luchar con lo que viene de adentro, desde la sangre. (*Observa a Laurita, extiende la mano como si fuera a acariciarla*). Sos muy linda y yo podría convertirte en una princesa, ¿me oís? Quiero ayudarte, nena, no me rechaces. Frená la bronca y aceptá las reglas. Yo puedo vincularte a mucha gente. Puedo conseguirte una familia y hasta un marido. Puedo sacarte de acá y ponerte en el mundo de los sueños. Porque yo manejo los hilos, muñequita.

(La luz decrece en esa zona mientras sube de a poco una canción cantada por los jóvenes, ahora entregados a juegos malabares con pelotas, limones, fuego. A un lado, Negra amamantando a su niño).

POETA – (*Mientras hace un solitario*). “Hay que prepararse para salir”, dijo.

RANA – Empezó el plan recambio. Entran diez y salen diez.

LUCIO – Mentira. Luis dijo que no iba a entrar nadie.

POETA – Luis no sabe nada.

RANA – Si salimos, con el Mudo copamos una esquina... y ahí hacemos nuestro número.

POETA – ¡Salir! Nunca había pronunciado esa palabra antes: ¡Salir!

MUDO – ¡Salirrrr!

LUCIO – Desconfío. Quiere entretenernos, nada más.

RANA – ¿Para qué?

LUCIO – ¡Qué pregunta! Si armamos lío se pudre todo.

POETA – El juego armoniza el cuerpo y la mente..., prepara la salida al mundo.

LUCIO – Yo voy a disfrazarme de gitana y a leer la mano por donde pueda. (*Le arrebató las cartas y luego las arroja al suelo*).

POETA – ¡Dale! ¿Quién va a creerle a una gitana bigotuda?

RANA – ¡Nadie! ¡Y menos si le miran las piernas!

LUCIO – *(En cuclillas, observando las cartas).* Veo algo..., alguien que llega de lejos..., y valijas, muchas valijas.

(La Negra ha terminado de amamantar. Va hacia ellos).

NEGRA – Yo escuché que se están preparando para una visita.

RANA – ¿Una visita?

LUCIO – De un hombre..., aquí sale eso...

NEGRA – Una inspección o algo así.

RANA – ¿A quién van a inspeccionar, a ellos o a nosotros?

LUCIO – Ya sabemos cómo es: alguien que pasa muy rápido y que nos mira de lejos. *(Junta las cartas, se incorpora).*

POETA – ¿Un político?

RANA – Esos no se aparecen, boludo.

NEGRA – Hay que preparar juegos y una obra de teatro para recibirlo, dijo la vieja.

POETA – ¡Entonces es alguien importante!

NEGRA – El Director de todos los hogares, el que podría dar una subvención para salir del pozo.

RANA – ¿Vamos a tener chocolate sin agua?

POETA – Mi poesía quiere flotar fuera del mundo y ya ves. El abismo es esto.

LUCIO – No cagues fuera de la escupidera, aboná este terreno.

RANA – Ese es un poeta, no vos.

(Entra la Enfermera y toca pito. Todos se aquietan, menos el Mudo que prosigue haciendo malabarismo con fuego).

ENFERMERA – Por hoy basta. Y no hay más pruebas con fuego. Es peligroso.

RANA – ¿Y qué va a pasar ese día? El Mudo necesita practicar.

ENFERMERA – ¿De qué habla?

RANA – ¿Usted tampoco sabe o se hace la osa?

ENFERMERA – No sé de qué habla.

RANA – De la visita.

ENFERMERA – No hay visitas. Nunca hay nadie para ustedes.

RANA – Se hace la osa.

ENFERMERA – ¡Terminala, Mudo! ¡A ver si quemás el Hogar!

LUCIO – Mis pesadillas siempre fueron con fuego, ¿sabés? Mi viejo quemó el hogar, el verdadero. Lo roció con querosene. Se achicharró todo, hasta mi vieja.

ENFERMERA – ¡Linda historia!

(El Mudo apaga las antorchas y da una voltereta).

MUDO – ¡Herrrrrosa! ¡Mi osa blannnca! *(Intenta abrazarla).*

ENFERMERA – A mí, no. Agarrátela con otra o con quien puedas.

NEGRA – ¿Quién viene? Decí, si vos sabés.

POETA – Dale, largá. Prometo no cagar más y no aumentar el olor a mierda de este lugar.

ENFERMERA – ¡Qué lenguaje!

POETA – Voy a convertirme en una caca ambulante.

ENFERMERA – Si no te callás, me voy.

POETA – No, quedate. Te digo el poema del *Orinal Perfumado*.

NEGRA – Dale, contá, no seas malita. ¿Quién viene?

ENFERMERA – Bueno..., un tipo grande, importante. Puede mejorar este lugar, quién sabe. Todos podemos ganar más y ustedes pueden comer mejor.

RANA – (*Bajito*). Buen oído, negra.

POETA – ¿Quién es? Nombre y cargo, osita. Dale. Te quedás sin el poema si no decís.

ENFERMERA – Mejor. La señora Marisol les dará información a su debido tiempo.

POETA – “A su debido tiempo”. Siempre oigo lo mismo, las paredes gritan: “A su debido tiempo”.

ENFERMERA – ¡Basta! Es hora de ir a la enfermería para la revisión quincenal.

NEGRA – No quiero que el doctor toque a mi bebé.

ENFERMERA – Tranquila, el doctor Norton no es pediatra.

MUDO – ¡Norrnton! ¡Norrnton! ¡Fuego parrra Norrrnton!

ENFERMERA – ¿Qué le pasa a éste?

POETA – Está furioso porque el viejo se detiene demasiado en nuestros agujeros.

ENFERMERA – ¡Basta, por favor! ¡Estoy harta de quejas!

NEGRA – ¡No quiero ir!

RANA – ¡Vamos, Negra! ¡Si lo toca, lo mato! ¡Vamos!

ENFERMERA – ¡Síganme, payasos!

(Sale y detrás de ella todos, protestando al mismo tiempo. La luz cambia. Entra La Señora Marisol del brazo de Laurita, conduciéndola hasta el centro del escenario. La instala allí y da unos pasitos atrás para observarla. Luego sonríe, seductora).

MARISOL – Estás muy linda. ¿Te gustó el paseo por el jardín?

LAURITA – No. El jardín es un cementerio.

MARISOL – Pocos Hogares tienen un lugar para enterrar a sus niños.

LAURITA – Las crucecitas rosadas y celestes... me dieron ganas de llorar.

MARISOL – ¿No es mejor que estén allí, para darles nuestro cariño, para conversar con ellos o simplemente llevarles una flor?

LAURITA – (*Casi para sí*). Me dio miedo. Tuve ganas de escapar.

MARISOL – ¡Qué boba! Nunca estuviste mejor. Te hice un uniforme distinto a los otros, una especie de vestidito. Mirate y sonreí. Cambiá la cara, nena. A tu edad hay que sonreír.

LAURITA – Sonría usted que se puede sentar.

MARISOL – Bueno, no te quejes. El sexo deja huellas peores que ésas.

LAURITA – Pero usted se encarga de borrarlas.

MARISOL – ¿Que yo borro qué?

LAURITA – Las huellas. “La pincha panzas”, la llaman.

MARISOL – Es que yo pienso en el futuro. Una verdadera madre tiene que tener un compañero que saque adelante el hogar. En una pareja debe haber una comunión de fuerzas para criar a un hijo y para ponerle límites mientras va creciendo. Un niño sin límites es un futuro criminal.

LAURITA – Sin embargo, fue piadosa con la Negra.

MARISOL – Ella eludió los controles. Anduvo fajada hasta el mes pasado.

LAURITA – ¿Fajada?

MARISOL – Seguro que le salió un bebé idiota, de cabeza chata.

LAURITA – Un niño puede alegrar este lugar.

MARISOL – Ese ya tenía su lugarcito en el fondo, con su cruz celeste.

LAURITA – Ellas tendrían que poder decidir. Usted no puede obligar a...

MARISOL – Conozco ese blablablá. Prefieren que el mundo reviente de niños hambrientos berreando por un poco de leche. Y ustedes, ahí están, con el pecho seco y la piel sobre los huesos. Y mientras tanto, los santurriones y los hipócritas, discuten. Lindo mundo, ¿no?

LAURITA – (*Casi para sí*). Mamá decía que yo sólo lloraba para mamar. No hay nada mejor que ser madre, decía.

MARISOL – Leí la ficha conmovida por esa sacrificada que cambiaba las sábanas del amueblado más barato mientras criaba a su bebita.

LAURITA – ¿Cree que es mentira?

MARISOL – No, pero te informo que el trabajito no le daba para mantenerse y no tuvo más remedio que hacerse puta.

LAURITA – Ahora sí miente. Mi vieja sólo se ocupaba de las camas.

MARISOL – Y a veces, se quedaba entre las sábanas.

LAURITA – ¿Y qué? Por lo menos no era una vieja abortera.

MARISOL – ¡Ah, querés pelear!

LAURITA – Allá afuera es muy difícil. La pobrecita me dio todo lo que pudo, pero la gente se mata por muy poco; me dio su leche, me alimentó... y un día no pudo más...

MARISOL – Ya sé, el mundo explota, el hambre mata más que el Hombre, las catástrofes naturales no nos dan tregua; es el Apocalipsis. Pero para mí, el mundo es ante todo este Hogar bendito; aquí pueden aprender a crecer y enderezar sus vidas.

LAURITA – ¿De qué habla, del chocolate y la avena? ¿Dónde están los otros alimentos?, ¿dónde los esconden?

MARISOL – La comida. Siempre la comida.

LAURITA – Acá se come salteado. Su chocolate es un tapa-hambre.

MARISOL – ¡Qué frase! ¿Militás en algún lado vos?

LAURITA – Quiero salir. Déjeme ir.

MARISOL – Vos no tenés a nadie. No podés salir.

LAURITA – *(Se lleva la mano a la altura de los ojos, la mira. Una pausa breve)*. ¡Qué olor!... El olor a hospital me persigue.

MARISOL – El éter, el alcohol, los desinfectantes... Este es un lugar muy limpio, tan limpio como un hospital.

LAURITA – *(Casi para sí)*. Yo me prendí de su mano, pero una enfermera me arrastró fuera de ahí... Todavía siento su calor.

MARISOL – Tu vieja se mejoró y huyó del hospital antes de que volvieras a buscarla. Ya no podía más, ¿entendés? Quería dejarte, vivir su vida.

LAURITA – No le creo. ¡Qué olor!... El olor a hospital me da náuseas. *(Parece estar mareada)*.

MARISOL – Para esta Institución es esencial la limpieza, la desinfección...

LAURITA – Usted inventa las fichas, usted y ese tipo...

MARISOL – Hablábamos de tu mamá. Ella volvió al interior, a su pueblo, y a su viejo oficio.

LAURITA – ¿Qué dice?...

MARISOL – Se empleó en el único prostíbulo del lugar.

LAURITA – *(Cierra los ojos)*. Aquí hay olor a podrido, hay olor a muerte. ¿No tiene miedo de vivir aquí?

MARISOL – No querés enfrentar la realidad.

LAURITA – *(Casi para sí)*. La enfermera dijo que no había esperanzas... Ella me miró con los ojos muy fijos, despidiéndose. Entonces, el olor a desinfectante...

MARISOL – Los recuerdos hacen bien, funcionan como terapia para una niña curiosa. Es increíble cómo todos ustedes vuelven sobre el pasado: no dan un paso sin escarbar y escarbar.

LAURITA – Yo no la vi más..., pero sus ojos me miran mientras duermo.

MARISOL – Bueno, tu ángel tutelar no te abandonará. *(La toma del brazo y la conduce al centro de la escena)*. Es hora de que te integres. Ellos te esperan, querida.

(La Señora Marisol hace mutis. Los chicos, en las gradas, se incorporan. Algunos se acercan. Hay aplausos, exclamaciones, bromas).

RANA – ¡Qué pinta!

NEGRA – ¡La disfrazó de puta!

LUCIO – ¡La vieja la marcó!

POETA – ¡Un ángel con luz propia!

RANA – ¡Con un buen culo!

MUDO – ¡Morrrruda!...

POETA – Tiene dos tetitas como dos limoncitos y una urraquita que grita: ¡Dámela! ¡Dámela!

TODOS – ¡Dámela! ¡Dámela!

(Laurita se deja caer en un asiento. Se lleva las manos a la cara. Está llorando. Un silencio. Todos la contemplan. De pronto, con bronca los enfrenta).

LAURITA – ¿Qué pasa? ¿Qué miran? ¿No tienen hambre? ¿No están hartos del chocolate? ¿Nadie quiere tomar sopa? ¿Nadie quiere comer carne?

(Todos la miran. Un gran silencio. Las luces bajan en forma gradual y se encienden en el lateral que ocupan Marisol y Luis. Éste, despatarrado, dormita. Marisol lo sacude).

LUIS – ¿Eh? ¿Qué pasa?

MARISOL – ¡Qué aliento! ¿Dónde escondió la botella?

LUIS – Vamos, doña. ¿Qué botella?

MARISOL – ¡Le dije basta! ¡Basta de todo! ¡De doña!, ¡de todo!

LUIS – Uno tiene que tener un escape. De noche necesito un poco de combustible.

MARISOL – De noche hay que tener los ojos bien abiertos en este lugar. Supongo que no repartió combustible entre sus muchachos.

LUIS – No soy bobo. Si ellos vigilan, yo puedo dormir.

MARISOL – Inteligente conclusión, pero el Piojo escapó.

LUIS – Usted se burla de mí, pero yo tuve que dar un concurso para ocupar este cargo.

MARISOL – Ya sé la historia, no la cuente otra vez.

LUIS – Una prueba de máquina y un dictado...

MARISOL – ¿A quién tuvo que coimear?

LUIS – Hasta un libro sobre psicología del adolescente me tuve que leer.

MARISOL – ¿De qué le sirvió?

LUIS – Y uno llega acá y la realidad supera la ficción. Uno nunca está preparado.

MARISOL – ¿Qué pasa, se me puso sensible?

LUIS – Es un trabajo... agotador. De noche siempre me siento así, agotado, sin fuerzas... No me gusta lo que está pasando.

MARISOL – ¿Qué está pasando?

LUIS – *(Lloriqueando, borracho).* ¿Ya se olvidó? Tres suicidios en un mes.

MARISOL – Usted fue el de la idea de los bates de béisbol...

LUIS – Yo no los toqué, usted sabe que yo...

MARISOL – Sus muchachos confundieron a uno con una pelota de béisbol.

LUIS – A uno puede ser, pero a los otros dos...

MARISOL – Le repito: esto no es una discoteca. Acá hay que andar con pies de plomo.

LUIS – No supieron qué hacer y se descontrolaron.

MARISOL – Entiendo. Es un trabajo difícil. Los chicos también se descontrolan.

LUIS – Mi viejo decía que una paliza a tiempo...

MARISOL – Los adolescentes tienen crisis repentinas..., y cuando se vuelven agresivos, hay que saber poner límites sin extralimitarse.

LUIS – El Pelado tenía un cuchillo, por eso los muchachos le dieron..., pero los otros...

MARISOL – El encierro prolongado, la melancolía, los sueños postergados... (*Suspira*). La vida crea muros imposibles de escalar.

LUIS – Están enfermándose. A veces podrían salir a tomar aire, en el patio.

MARISOL – No hay suficiente personal de vigilancia.

LUIS – Habría que sacar al Mono del Infierno.

MARISOL – Ese es fuerte. Puede resistir.

LUIS – Está muy pálido. Usted no puede confiar en el doctor Norton.

MARISOL – El vino aumenta sus temores. Usted sí tiene que salir a tomar un poco de aire. ¡Qué imaginación enfermiza!

LUIS – Mi viejo murió cuando yo tenía diez años. Uno crece y va sintiendo cosas. Hubo momentos en que sentí que nadaba en un mar lleno de tiburones.

MARISOL – No tiene que preocuparse así. Si piensa en todas las desgracias de la humanidad, va a terminar loco. ¡Hay que vivir! Siempre hay niños muertos, hombres moribundos, bombas y aviones que explotan, perros y gatos aplastados; en fin, guerras feroces, pestes, enfermedades incurables.

LUIS – No sé qué me pasa...

MARISOL – Todo tiene su lado bueno. Sin ellos, usted y yo no tendríamos trabajo, no ganaríamos ni un peso.

LUIS – Es cierto...

MARISOL – Se me volvió demasiado impresionable...; por identificación, tal vez.

LUIS – A veces pienso que no crecí como debía, que todavía soy un adolescente.

MARISOL – Bueno..., es muy tarde. ¿Por qué no nos acostamos?

LUIS – ¿Es una proposición?

MARISOL – (*Ahoga una risita*). No lo había pensado..., aunque para levantarle el ánimo... Pero no sé si está en condiciones.

LUIS – (*Se pone de pie, tambaleante*). ¡Probame!

MARISOL – Vamos, hombrecito. ¡Hay que vivir!

(Luis se apoya en ella. Salen lentamente, con pasos torpes y esforzados. La oscuridad los va devorando mientras se iluminan las cruces rosadas y celestes del foro. La luz cambia. Un relámpago ilumina las cruces).

MADRE – Hola, nena. Estoy muerta, pero no te asustes. Me enterraron hoy en nuestro pueblito, donde vos y yo nacimos. Mirá, todavía estoy llena de pasto y de tierra. (*Se sacude la bata*). Estoy bien, así que no te preocupes. Apenas te fuiste del hospital, dejé de respirar con aquel ruido que movía a la compasión de todos y te hacía sufrir. No va más, me dije; ¿para qué seguir? Dejamos el campo y así nos fue. ¿Cuál es el lugar de los pobres en una ciudad?

LAURITA – Este pozo, este infierno.

MADRE – No sufras por mí ni por vos. Hablé con la Virgen y te perdona. Dice que perder la virginidad es algo común y que en tu caso, sin consentimiento, no hay pecado. Dice que te dé este mensaje porque sos la elegida.

LAURITA – ¿La elegida?

MADRE – Para cambiar este lugar. Parece que Dios preparó todo. El día que te encontraron en la calle y la señora Marisol te hizo subir al coche, no fue una casualidad. Hay que mejorar este pedacito del mundo y después aquel otro y el de más allá, y nunca hay suficientes ángeles... Este lugar está tan podrido como otros, así que ya podés decir que militás en este bando.

LAURITA – ¿Te dije que todavía siento el calor de tu mano?

MADRE – Aunque no te toque, yo estoy contigo.

LAURITA – Y tus ojos...

MADRE – Ya sé. Siempre estoy cuidándote.

LAURITA – ¿Yo fui elegida? Nunca me eligieron para nada en la escuela: ni para decir aquel poema que yo quería decir.

MADRE – Parece que hubo un sorteo entre los que tenían más posibilidades y saliste vos. Es una distinción, un honor, y si cumplís con tu tarea, seguro que te dan un premio. Es más o menos así, la Virgen me lo explicó de este modo.

LAURITA – Yo no quiero premios. ¿Qué voy a poder cambiar yo?

MADRE – Ellos van a darte fuerza.

LAURITA – ¿Quiénes?

MADRE – Dios, la Virgen y las otras autoridades. En realidad yo soy una intermediaria entre los de arriba y los de abajo. Me eligieron porque siempre hice ese trabajo, incluso en aquella casa donde cambiaba las camas y a veces servía algo a los clientes.

LAURITA – ¿Y qué tengo que hacer?

MADRE – Dicen que ya estás encaminada, que ya sabés.

LAURITA – ¿Que sé qué?

MADRE – Que es algo natural en vos, que naciste con ese don.

LAURITA – ¿Qué don?

MADRE – Yo no sé. Dicen que sos capaz de cambiar este lugar, de mejorar este pedacito del mundo.

LAURITA – ¿Estás segura?

MADRE – Bueno, parece que los que se resignan están liquidados. La resignación no es sabiduría, como dicen, salvo ante la muerte irremediable.

LAURITA – Eso es cierto. Yo no me resigno.

MADRE – Hay mucho dolor aquí.

LAURITA – ¿Cómo sabés?

MADRE – Se siente. Entrás a una *nursery* fúnebre. El dolor te aplasta.

LAURITA – ¡Ay, mamá, tengo miedo! No sé si voy a poder.

MADRE – Vas a poder. No vas a estar sola.

LAURITA – No te vayas ahora. No me dejes.

MADRE – No puedo quedarme.

LAURITA – Llévame contigo.

MADRE – No puedo. Ya te dije, estoy muerta. Pero no voy a abandonarte.

LAURITA – ¿No me mentís?

MADRE – ¿No sentís mi mano en la tuya?

LAURITA – Sí.

MADRE – ¿Entonces?

LAURITA – Gracias, mamá.

(La figura de la Madre se apaga mientras se aleja. Laurita se arrodilla y comienza a rezar. En eso irrumpe Mono totalmente desnudo, pero con la cabeza cubierta con un mono de lana con aberturas para ojos, nariz y boca).

MONO – ¡Hijos de puta! ¡Creyeron que estaba muerto y me tiraron al sótano!

LAURITA – ¿Quién sos? ¿Venís de parte de la Virgen?

MONO – ¿Dónde está mi ropa? ¿Dónde la escondieron?

LAURITA – ¡Pa! Tenés el cuerpo lleno de marcas.

MONO – ¿Qué pasa? ¿Te gusto? Mirá, ésta es una mordedura de perro, y estas otras, lastimaduras de escalar muros...; de chico era muy diablo. Las demás me las hicieron acá. Lo de abajo está sano. *(Se tapa con las manos y ríe. Laurita responde con una risa vergonzosa. Enseguida da un silbido para reclamar otra vez su ropa).* Dale, Rana, ocupate de algo. ¿Se robaron todo lo mío?

LAURITA – ¿Quién sos? Nadie me habló de vos.

MONO – Yo no tengo que estar acá, ¿sabés? ¡Te cazan en una esquina, como a un perro sarnoso y después empiezan a golpear y no paran! ¡No paran los hijos de puta!

RANA – *(Acercándose con su ropa).* ¡Así que estás vivo!

MONO – *(Mientras se cubre).* Si fuera por ustedes, muerto. Nadie levantó un dedo por mí.

MUDO – *(Con esfuerzo).* Te... ne... ne... cesitamos.

POETA – Te buscamos, sí.

RANA – A todos nos cazaron. En una esquina, en un baldío.

POETA – Con anzuelos de chocolate.

MONO – ¡Zás! ¡Ahora ladran!

NEGRA – Un poquito. Todos tenemos miedo del Infierno.

LUCIO – *(Con una risita).* ¿Quién quiere meterse en un lugar peor? Ya tenemos bastante.

NEGRA – Después que estás acá hay que portarse bien.

RANA – Ni los chupamedias se salvan. Una piba que se hizo amiga de la Marisol desapareció de un día para otro.

LUCIO – Prefiero la muerte antes que el Infierno. Dicen que es como estar enterrado vivo.

MONO – ¿Qué importa un encierro más en este encierro? (*Camina muy agitado*). ¿Qué importa un poco más de oscuridad? ¿Qué castigo es meter una celda dentro de otra? (*Grita*). ¡Oigan!... ¡Oigan, idiotas! ¿juegan a las cajas chinas? (*Ahoga una risa*). Para mí no funciona. (*Se burla*). ¡El Infierno! ¿Qué es el Infierno? ¿Paredes más húmedas, más meadas, más mierda? Creían que mi cuerpo no se iba a acostumbrar al frío. Ya ven. Puedo convertirme en un elefante y pisotear cadáveres sin volverme loco. (*Ríe*). Estoy bien, señora Marisol, distinguida dama del grupo de los crápulas. A mí no me asustan los castigos. A veces, más vale alejarse del sol y buscar la sombra. (*Vuelve a reír*). Oigan: no pertenezco al grupo de los grandes simios, pero soy El Mono. Y estoy en el lado opuesto, ¿oyeron? Y en algún momento voy a salir y voy a contar todo lo que pasa aquí.

LAURITA – Yo también quiero salir para contar, para que todos sepan...

MONO – ¿Qué dicen los demás? (*Un silencio*). El miedo paraliza, ¿no?

NEGRA – Y el hambre... Los que tuvimos hambre no queremos volver a...

MONO – Yo quería entrevistar al Piojo. Lo seguí dos días y al final lo convencí. Nos citamos en el parque, cerca de la fuente, pero cuando estábamos en medio de la entrevista aparecieron estos animales y nos rodearon. Yo tenía un pequeño grabador en la mano, quise mostrarlo y explicarles, pero creyeron que era un arma y me golpearon.

POETA – Voy a publicar un libro sobre todo esto..., aunque la literatura de denuncia haya pasado de moda.

RANA – ¿El Piojo está vivo?

MONO – Sí, pero nadie sabe su paradero. Se esconde siempre en lugares distintos.

LUCIO – Yo lo maquillé y lo vestí. Fue una obra de arte. Lo transformé en una réplica de la señora Marisol.

MONO – ¿Así logró escapar?

LUCIO – ¡Claro! Se piantó en tres zancadas. Parecía estar corriendo en los Juegos Olímpicos.

RANA – Los guardias ya no ven caras, sino formas.

NEGRA – Sí, es cierto. Se vuelven ciegos con el tiempo.

LAURITA – Nosotros también podemos escapar, ¿verdad?

MONO – ¿Por qué no?

(*Suena una sirena. Las luces bajan hasta la penumbra*).

MUDO – ¡A dorrmir!

POETA – ¿Escucharon? El toque de queda.

MONO – (*Grita*). ¡No somos marionetas, señores! ¡Nadie quiere dormir! ¡Nadie!

NEGRA – ¡Schss..., callate! Van a venir con los palos... No quiero más golpes, por favor. Tengo que amamantar. Callate, Mono. Hacelo por nosotros.

MONO – No quiero callarme.

LAURITA – Y yo tampoco. Quiero gritar. Convertirme en una sirena.

(*Laurita grita, imitando la sirena. La Negra, angustiada, comienza a sollozar pero de pronto reacciona y la abofetea. Ella cesa de gritar*).

POETA – ¡Schss..., a dormir! Allá viene la osa blanca.

(Todos trepan a las camas. Entra la Enfermera con una bandeja, jarra de agua y vasos).

ENFERMERA – Una pastillita para los lindos sueños..., una pastillita para los lindos sueños...

(Nadie tiende la mano. Con esa letanía, la enfermera recorre el lugar y se pierde en el embudo que conduce a foro. Después de un silencio, Laurita susurra).

LAURITA – No quiero dormir. No puedo dejar de pensar... Mi mano todavía sigue tibia. Yo no quiero convertirme en una puta, quiero volver a ser la nena que mamá llevaba de la mano a todos lados... y, de a poco, convertirme en mujer... y vivir en una casita llena de pan, de leche, de fruta y de todas las comidas...

RANA – ¿Y si lo hacemos hoy?

MONO – Gritaron mucho. Los alertaron.

RANA – Qué joder. Das manija y después te achicás.

MONO – Vamos si querés.

MUDO – ¡Hay que probar!

(El Mono, el Rana, el Mudo y Laurita, portando linternas, se atreven a internarse en el corredor).

VOZ I – *(En off)*. ¡Alto! ¿Quién va ahí?

VOZ II – ¡Alguien pasó la primera puerta!

VOZ I – ¡Alto! ¡Alto!

(Suenan tres disparos. Oscuridad total y voces, gritos, quejidos. Luego un foco sobre Laurita y el Mono).

MONO – ¿Estás todavía ahí?

LAURITA – *(Acercándose)*. Está muy oscuro.

MONO – Parecés una hojita en la tormenta.

LAURITA – Tengo miedo.

MONO – Respirá hondo. ¿A ver? ¡Respirá!

LAURITA – Nosotras enterramos a papá, allá en el pueblito, y nos vinimos. Nos quedamos muy solas.

MONO – ¡Respirá! ¡Dale!

LAURITA – *(Respira una y otra vez)*. ¿Mataron a alguien?

MONO – No sé. Alguien gritó.

LAURITA – Desde que apareciste sentí que de algún modo nos unías a todos. Me sentí menos sola.

MONO – *(La abraza)*. No tengas miedo, nena. Yo voy a cuidarte.

LAURITA – No entiendo por qué nos encierran acá. ¿Qué quieren? ¿Qué buscan?

MONO – ¡Qué preguntas! Es imposible entenderlos. Son de otro mundo, tienen otra cabeza. No te dan trabajo y te golpean. No les importa lo que pensás y lo que sentís. Sos un montoncito de dólares; un pretexto para que se llenen los bolsillos, mientras negocian con tu vida y con tu alma.

LAURITA – ¿Te parece que vamos a salir?

MONO – ¿Salir de acá o buscar otro mundo? ¿Construir algo en lugar de lo que está podrido?

LAURITA – Salir de acá y construir algo.

MONO – No sé. Hay que tener mucha fuerza, hay que estar muy convencido. Porque, a veces, para construir, hay que destruir todo.

LAURITA – ¿Destruir todo?

MONO – No sé si todo. Lo que está infectado, enfermo.

LAURITA – ¿Quién sos, Mono?

MONO – Un tipo que busca la verdad. Un perdedor de película, nada más.

LAURITA – ¿No te mandó la Virgen?

MONO – *(Sonríe)*. No soy un ángel, no.

LAURITA – Bueno..., hay que hacer el trabajo. Eso decía siempre mamá. Las madres dicen cosas que nos acompañan toda la vida. Ella decía: “Dios no quiere más rezos, quiere que cada uno de nosotros haga su trabajo”. ¿Sabés cuál es nuestro trabajo, Mono?

MONO – Sí, lo sé.

(La luz se cierra sobre ellos y se abre enseguida sobre todos los chicos, que están poniéndose trapos de colores).

MONO – Vamos a ensayar. ¿Están listos?

LUCIO – Te gusta dirigir. Vos podrías ser director de teatro.

MONO – Hay que entretener a la visita, ¿no?

RANA – Dicen que la vida va a mejorar si el Larry McDonald da el visto bueno.

MONO – ¿Cambiarán el chocolate por las hamburguesas?

LUCIO – Algo es algo.

POETA – El chocolate es más poético.

MONO – Vamos a la escena de Cata y Petruccio. ¿Hay nuevas correcciones, Poeta?

POETA – Muy pocas, además de las ya conversadas.

MONO – Muy bien, vamos. ¿Estás listo, Lucio?

LUCIO – *(Intenta pararse mientras se envuelve en una tela. Da un gritito de dolor)*. No sé cómo interpretar a una Catalina renga.

RANA – Salió barato. Podríamos estar en el Infierno.

LUCIO – Podrían tener una Catalina muerta. Menos mal que la bala sólo me rozó la pierna.

MONO – Bueno, la próxima vez empezamos por engañar a los guardias. Un par de botellas de vino y no podrán resistirse.

POETA – Como en *Macbeth*. Vino adulterado, sueño asegurado.

(El Mudo saca de sus bolsillos un pequeño frasco. Se lo entrega al Mono).

MONO – ¿Qué es esto?

MUDO – *(Con esfuerzo)*. Pas...ti...llas... Lin...dos sue...ños...

(Todos ríen).

RANA – No la parla, pero la piensa. ¿Qué haríamos sin vos, mudito?

MONO – A ensayar. Hay que arreglar esa obra y convertirla en un *show* para la *Hamburger Company*.

RANA – No quiero que la Negra muestre el culo.

LUCIO – Ese es mi papel, idiota.

POETA – *(Suspira)*. Shakespeare sobrevive, lo desentierran con nuevos trajes y con nueva letra. Yo también estoy viejo, pero me hago pasar por joven, y les hago creer a todos que me vuelvo más sabio, más útil. Pero es mentira.

(Rana se tira al suelo a roncar. El Mudo lo acompaña).

POETA – Soy un viejo que la vieja Marisol disimula con estas ropas. Pero el problema es otro. El discurso no tiene que envejecer, ¿entienden?

RANA – Y bla, bla, bla...

POETA – A ella y a mí nos conviene este engaño. Por distintas razones, claro. A mí, porque quiero seguir engrupiendo a los jóvenes para que me escuchen. Apenas descubren que estás un poco gagá se ríen de vos y te roban todo lo tuyo, y después...

(Nuevos ronquidos).

MONO – Vamos, ya está delirando.

POETA – La poesía es otro engaño.

MONO – Y los poetas son tipos depresivos y aburridos, ¿sabés?

NEGRA – *(Se acerca agitada, corriendo)*. ¡Desapareció! ¡No está! ¡Desapareció mi nene!

RANA – Dale, gorda, ¿miraste bien?

NEGRA – *(Angustiada)*. ¿Lo tocaste?

RANA – Lo escondí. En el último armario del pasillo. Tomá la llave.

NEGRA – ¿Lo encerraste? Mirá si se ahoga.

RANA – ¿Y la inspección de la mañana? Vos misma me dijiste que...

NEGRA – Yo te dije, yo te dije, sí... Ya no sé cómo vivir con mi negrito...

(Se alejan por el corredor discutiendo. Por un lateral entra La Señora Marisol, seguida de Luis).

MARISOL – ¡Qué maravilla! Siempre amé el teatro. ¿Y usted, señor Luis?

LUIS – También.

MARISOL – Pero tengo entendido que nunca pisó un teatro.

LUIS – No, ¿pero acaso no puede amarse lo que se desconoce?

MARISOL – Veo al señor Mono en una actitud de colaboración que me complace. El Infierno castiga y educa, hace reflexionar sobre la violencia y reprime a través de la culpa posibles acciones futuras. El señor Mono es el director de una obra inglesa muy famosa. ¿Verdad, señor Mono?

MONO – *La fierecilla domada* de Shakespeare.

MARISOL – ¡Qué título! ¡Domada! Ya sugiere la rendición de alguien ante una voluntad superior. Pese a que el autor murió mucho tiempo atrás, según me informaron, la obra es... sumamente actual y didáctica. ¿Usted no piensa, señor Luis, que esta actividad es didáctica y terapéutica, como lo aconsejan los asesores psicológicos?

LUIS – Plata mal gastada. Esa asesoría psicológica nunca sirvió de nada y siempre nos puso en aprietos.

MARISOL – ¡Qué pensamiento antiguo, medieval! Por suerte, los chicos están dispuestos a aceptar propuestas nuevas y el teatro florecerá en este Hogar.

MONO – ¿Cuándo?

MARISOL – ¿Cuándo qué?

MONO – El acto. La visita.

MARISOL – Hoy. En dos horas debe estar todo pronto.

LUIS – Métense en la ducha, cámbiense de ropa... y en dos horas aquí, en silencio y formados.

MARISOL – Será un día de suerte... si todo sale bien.

LUIS – Vamos, hay que colgar el cartel de bienvenida en la entrada.

MARISOL – Y globos. En las fiestas infantiles siempre hay globos. *(Salen)*.

LAURITA – *(Que escuchó de lejos)*. ¡Hoy!, ¡hoy!, ¡hoy! ¡Todo tendría que cambiar a partir de hoy!

MONO – Hoy será nuestro día de suerte.

LUCIO – Si todo sale bien.

POETA – “Pensamientos, empujen a la acción”.

(Por el corredor se acerca la Negra, desfalleciente, sostenida por el Rana).

NEGRA – *(Sollozando)*. ¡No está! ¡Mi bebé no está...!

RANA – Alguien abrió el armario.

LAURITA – ¿Quién puede vivir escondiendo a un niño?

LUCIO – Hay que buscarlo. Vamos, a buscar a mi ahijadito.

NEGRA – Ella debe tenerlo. La pincha panzas.

MONO – Mudo, ¡abrí todos armarios, a las patadas, como sea!

RANA – *(Ahogando un sollozo)*. ¡Gran puta! ¡Nuestro negrito!

(Gran revuelo. Las luces van bajando mientras el Mudo golpea los armarios. De pronto, se ilumina el pequeño cementerio con una nueva cruz celeste. Todos detienen las

acciones y miran hacia ese lugar. La Negra da un alarido y se abraza al Rana. Oscuridad).

(Cenital sobre Marisol).

MARISOL – Saludamos a Mister Larry McDonald que hoy nos visita en su calidad de Presidente de OJI, o sea, de la Organización Juvenil Internacional. Gracias a su ayuda podremos mejorar las condiciones de vida de nuestro Hogar y, además, remozar y ampliar el edificio, que se nos está cayendo y nos queda chico. Por eso, a través de este acto damos las gracias a la bendita mano que se nos tiende generosamente y, a la vez, demostramos que nada mejor que el afecto y la laborterapia para coronar esta infatigable cruzada que es la razón de nuestra existencia. Con ustedes, el taller de teatro de nuestra Institución. *(Pequeña reverencia y se retira a su lugar en las gradas).*

(Se ilumina el círculo central, donde ingresa el Mudo haciendo piruetas con fuego. Los demás, sentados en semicírculo, hacen música con instrumentos caseros. Subrayan el final de la presentación del Mudo, que saluda y se retira, e intentan nuevos sonidos que anuncian el cambio de escena. Entra Lucio, vestido como Catalina, seguido del Mono).

MONO – Cata, mi dulce Cata. ¿Por qué huyes?

LUCIO – Porque no quiero oírte.

MONO – Yo sí. Me gusta tu voz.

LUCIO – Se nota. Tienes grandes las orejas.

MONO – Mi dulce Cata, mi consuelo. He oído tanto sobre tu belleza y virtudes, palabras que no te hacían justicia, que al verte me he sentido movido a hacerte la corte como a una futura esposa.

LUCIO – ¡Movido! Si es así, muévete; y como habéis venido, márchate.

MONO – ¿Qué dices?

LUCIO – Desde que te vi supe que eras torpe, ¡de madera!

MONO – ¿De madera?

LUCIO – ¡Como un taburete!

MONO – Entonces, ven y siéntate sobre mí.

LUCIO – Los asnos se hicieron para la carga y vos también.

MONO – Las mujeres se han hecho para la carga, y vos igualmente.

LUCIO – No pienso soportar semejante peso.

MONO – Eres como una avispa dispuesta a clavar su aguijón.

LUCIO – ¡Tú lo has dicho!

MONO – Pero yo tengo el mío, así que cuidate.

LUCIO – Yo veo un gallo sin cresta.

MONO – Perdería mi cresta si fueras mi gallina.

LUCIO – Jamás seréis mi gallo.

MONO – ¿Y Luis no lo será? Dicen que agujonea a Marisol, después de las doce y con mucho licor.

LUCIO – ¿Qué Luis? ¿De quiénes hablas? ¿Del torturador y la pincha panzas?

MONO – De ellos, claro. Del gallo desplumado y la gallina encrespada.

LUCIO – ¿Los caza pibes?

MONO – Los que en lugar de un hogar inventaron una jaula. Los que nos mean. Los que nos muestran para justificar gastos y pedir préstamos.

MARISOL – ¡Luces! ¡Luces! ¡Guardias!

(Entran más luces y hombres blandiendo bates de béisbol. Golpean con ferocidad al Mono y a Lucio, mientras algunos internados intentan defenderlos. Todo es muy rápido y, apenas el Mono y Lucio caen sin conocimiento, son arrastrados hacia afuera, mientras Marisol intenta una explicación).

MARISOL – A veces, una nota de descontrol azota las sociedades más avanzadas. Se impone, de inmediato, una reflexión y, al mismo tiempo, una acción drástica capaz de sofocar toda posible revuelta. La reflexión supone una mirada hacia nosotros mismos. Lo cierto es que la economía del país repercute sobre este Hogar y ha estado sometida estos últimos años a perturbaciones o *shocks*, del mismo modo que nuestra vida y la de nuestros internados. Los jóvenes, como hemos visto, reaccionan sin pensar, señalando culpables por las condiciones económicas o sociales de las que nadie es responsable, ya que nuestro futuro siempre estuvo condicionado por las decisiones que toman otros. Somos un pequeño engranaje dentro de una maquinaria que otros más grandes ponen en movimiento. Por eso, recibimos esta noche a Larry McDonald esperando el milagro de su generosidad. *(Ahoga un sollozo)*. Que sepa comprender a nuestros niños..., porque la angustia de ellos es también la nuestra. Gracias desde ya a OJI, o sea, a la Organización Juvenil Internacional. Tengan la plena seguridad que a partir de ahora existiremos por ellos y para ellos.

LUIS – *(Batiendo palmas, algo borracho)*. ¡Bravo, señora! ¡Bravo! En el frente está todo pronto para un brindis. ¿Qué le parece si invitamos a Mister Larry con una copita? *(Va hacia proscenio, inclinándose hacia platea, donde se supone está ubicado Larry)*. Oiga, macho..., ¿un whisky o una caña? La caña uruguaya es muy buena. Se la recomiendo, maestro. ¡Una de la nuestra y la vida le sonrío!

MARISOL – *(Tirándole de la manga)*. La fiesta se suspendió hasta nuevo aviso.

(La luz baja y se abre ahora sobre las camas. Ellos, acostados, sentados, tirados en posiciones que revelan debilidad, relajamiento).

POETA – Y eso dijo la muy puta: “Un mundo en *shock* amerita el *electroshock*.”

RANA – Quieren liquidarnos porque tienen miedo.

POETA – Nadie va a morir. La cosa es mucho peor: vamos a vivir..., pero sin memoria.

LAURITA – *(Acariciando al Mono)*. ¿Te duele mucho?

MONO – Los golpes... Mi cabeza es dura, pero a veces... Sentí que podían partirla como una sandía.

LAURITA – Los *electros* no duelen tanto, pero el cuerpo se estira como un elástico que quiere reventar.

LUCIO – Casi muero ahogado. Mi lengua se volvió un tapón.

(El Mudo saca su lengua, la señala, hace gestos y sonidos).

MUDO – Du...e...le. Se... mu...errrr...de...

MONO – Hay que escapar antes de que sigan.

LAURITA – Los muertos me hablan... y dicen que vamos a estar bien.

MONO – (*Intenta sonreír*). Bueno, al fin buenas noticias, aunque vengan del otro mundo.

LUCIO – ¡Mierda! ¡De este mundo no viene nada bueno!

RANA – Armaste flor de lío, Poeta. Si no hubieras tocado el libreto, estaríamos aspirando cocaína con la plana mayor.

LUCIO – Dejalo. Una vez que se anima y vos le das palos.

RANA – Yo no. Los palos llegaron sin mi intervención.

LUCIO – Como los *electros*. A ver si todavía me borran todo y me programan para ser el macho matador.

RANA – A vos, ni los *electros* te arreglan.

LUCIO – A la Negra le pueden hacer bien. Capaz que se olvida del nene.

RANA – Da pena. (*Señala la cama*). Está tirada ahí desde aquel día.

(*Un silencio*).

LAURITA – (*Para sí*). Yo quería escapar del hambre, encontrar un trabajo, un lugar donde algún día pudiera formar una familia y tener hijos... Yo iba a escaparme de este país, pero me cazaron.

MONO – No estamos vencidos, ¿no? ¿Alguien se da por vencido?

MUDO – (*Salta en la cama*). ¡¡Matarr!!

MONO – Nadie quiere más *electroshock*. Nadie quiere olvidarse de toda esta mierda. Sólo recordando podemos sacar fuerzas para luchar.

POETA – Hay que buscar el momento adecuado.

LAURITA – Mamá me dijo: “La Virgen te eligió”.

MONO – (*Ríe*). Vos sos la única virgencita que puede purificar la pestilencia de este lugar.

RANA – Te equivocás. La vieja nos la ofreció apenas llegó... y no la perdonamos.

LAURITA – (*Casi para sí*). Hasta que no me enamore yo voy a ser virgen.

MONO – Estas bestias no respetan nada.

RANA – ¿Qué? ¿Vamos a pelear por la guachita?

LUCIO – No es momento. A lo pasado, pisado. (*Al Mono*). Si le tenés ganas, avisame: yo tengo una tía especialista en coser virgos.

MONO – (*La abraza*). Basta. Es una niña.

LUCIO – Le tenés ganas.

POETA – Nada de peleas. La unión hace la fuerza.

LUCIO – ¿Qué pasó? ¿Te despertaste?

POETA – La realidad se come la poesía.

(Entra La Señora Marisol, acompañada por Luis que carga una enorme caja forrada en papel satinado).

MARISOL – Bien. *(Los observa. Hace una seña a Luis, que deposita la caja en el suelo).* Bien. Estoy dispuesta a darles otra oportunidad. Van a tener que esmerarse esta vez. El Hogar no puede afrontar los problemas del presente y del futuro sin la ayuda prometida. En la caja están las ropas adecuadas. Vamos, chicos, no podemos perder tiempo.

(Las luces bajan. Marisol abre la caja y reparte ropas con la ayuda de Luis. Una música grotesca y socarrona acompaña esta escena en la que todos visten prendas ridículas, de strippers o vedettes. La Negra toma algunos trapos; intenta vestirse, pero cae nuevamente sobre la cama. Laurita es desnudada y obligada a vestir el atuendo de vedette. Los chicos lucen torsos y piernas, mientras Lucio pretende convertirse en la segunda vedette).

MARISOL – Mientras se visten pueden ir pensando que más vale arrepentirse a tiempo que sentir hambre por toda la eternidad. Larry no entiende demasiado bien nuestro idioma y eso, en parte, nos salvó. Pude hacer pasar, con cierta habilidad, gato por liebre; esa estúpida violencia de ustedes se transformó en una tímida bromita. Pero este festejo íntimo es el último empujoncito, el broche de oro de nuestra estrategia. Arrópanse pensando en eso, vistan cada prenda con amor, desnuden sus cuerpos pensando que volveremos a soñar y que todo será posible a partir de hoy. Vamos, chicos, una sonrisa. Vamos. No, Lucio, no; para vos no son las plumas. Dáselas a Laurita. Pronto, el tiempo corre... y Larry está ansioso.

(Algunos ya están prontos. Laurita ha terminado de vestirse ayudada por ella).

MARISOL – Sensualidad, chicos. Sensualidad. ¿No saben bailar? Hay que mover el culo como una reina. Prueben, chicos. *(Ella comienza a moverse).* Prueben, hagan el amor bailando. Muestran sus dotes y los que estén bien dotados, sus atributos. Vamos, chicos, que el dinero es nuestro y tendremos tres comidas: tres, en lugar de chocolate aguado. ¡Vamos, muévanse!

(Ella da unos pasos con Luis. De pronto, entra Larry McDonald, riendo, botella en mano, trastabillando. Ella corre a ayudarlo. Luis sale y vuelve con bebidas).

MARISOL – ¡Oh, Larry! Ya está todo dispuesto. Siéntese. Creo que necesita sentarse. Vea: los chicos quieren pedirle perdón por la broma de mal gusto. Mírelos. ¿No son una belleza? Valió la pena esperar. La juventud tiene belleza y magia, y... todo lo que nos falta, ¿no? Todo eso tienen estos hijos de la madre. Mírelos. ¿No transmiten energía y una fuerza que, al mismo tiempo, uno quiere sofocar? Yo sé lo que usted siente. *(Risa de Larry).* No se ría. Usted quiere penetrar en ese bosque y beber la savia de sus árboles jóvenes. *(Risita de Larry).* Bueno, anímese. Ellos están dispuestos a complacerlo. *(Larry estira la mano, señala a Laurita).* Sí, ya lo sé; ella es el mejor bocado. No baila muy bien, pero con el tiempo aprenderá. *(Trae a Laurita, arrojándola sobre la falda de Larry).* Es nuevita, llena de curvas y huecos sin desgastar. Es toda suya, querido. ¡Aproveche!

(Luis comienza a bailar con Marisol mientras comparte con ella el contenido de una botella. El Mono se acerca y se la arrebata, empujando a Luis, que cae al suelo. Queda allí, despatarrado, bebiendo. Marisol ríe y el Mono baila con ella dando círculos, girando y obligándola a beber de otra botella. Todos bailan y gritan. Laurita, a desgano, intenta bailar con Larry y luego hace lo suyo, sentada sobre sus piernas. La música se vuelve atronadora. El baile crece en violencia. De pronto, el Mono aprieta el cuello de

Marisol y la inmoviliza. El Mudo salta sobre Larry con un cuchillo y Lucio anuda el cinturón de su vestido alrededor del cuello de Luis, ya semidesvanecido. Todos quedan inmóviles y se miran. La música ha cesado. Larry deja escapar una risita. El Mudo hace un pequeño tajo en su cuello y ahora se escucha un quejido. Marisol se desliza hacia el suelo. Luis murmura algo, dormido. El Rana y Lucio empujan un tanque al medio del escenario. El Poeta viene de adentro con un bidón de nafta y echa combustible dentro del tanque, formando luego un reguero que cierra el escenario).

LAURITA – ¿Y ahora?

LUCIO – El Mudo sabe. Muchas veces hablamos de esto.

MONO – Hay que quemar todo. Borrarr y empezar de nuevo.

(El Mudo hace juegos malabares con fuego).

LUCIO – Vámonos. No quiero achicharrarme aquí dentro.

RANA – *(Que trae a la Negra, apoyándose en él).* Afuera está la vida, Negra. Vas a ver.

POETA – Y el hambre.

(El Mudo arroja la tea en el tanque. El escenario irá inundándose de una luz roja mientras se oye crepitar el fuego).

MONO – Dale, Mudo. Agarrá al yanqui. Él es nuestro pasaporte. Vamos.

(Todos salen, torpes y apresurados. Laurita temblorosa, no se mueve).

MONO – Vamos, nena. ¿Qué te pasa?

LAURITA – Tengo miedo.

MONO – *(Tendiéndole la mano).* Vamos.

(Se miran brevemente. Luego salen detrás del Mudo que arrastra el cuerpo de Larry. El escenario se tiñe de un rojo más intenso, mientras todo crepita destruido por las llamas. La luz baja hasta la oscuridad. El ruido del fuego sigue in crescendo por algunos segundos más y luego cesa bruscamente).